

tal función de unidad, *distinta y específica*. Creeríase que, siendo la función total, no debería ser preciso especificarla.... (Sólo que)...» *Organismo racional*, el organismo del Estado político no se forma sólo de una manera espontánea cual los organismos naturales, sino que al intervenir la conciencia reflexiva, ésta se muestra obrando cada vez con mayor habilidad... El momento sin duda más difícil para la obra del derecho artísticamente producido, es aquel en que ha de hacerse imperar la armonía y el orden y en que se procura, con plena conciencia de todo el proceso jurídico, la unidad sin menoscabar la riqueza de su vario contenido».

*Remedio Sánchez Ferriz*

RAMÓN COTARELO: *Literatura y política*, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED, Alzira, 2004.

Las ideas de Ayn Rand nunca tuvieron mucha fortuna en nuestro país. Primero porque algunas sus principales obras como *El manantial* o *Los que vivimos*, a pesar de estar desde hace ya bastante tiempo vertidas al español, y en colecciones populares como la mítica colección Reno de la editorial Planeta, nunca tuvieron la más mínima influencia ni social ni académica y, en segundo lugar, porque el primer ensayo académico que se realiza en nuestro país sobre su obra, el que estamos analizando, destroza por completo cualquier posibilidad de construir un sistema mínimamente solvente sobre su literatura al poner de manifiesto las múltiples contradicciones presentes en sus teorías, la vaciedad de muchos de sus argumentos e incluso el carácter sectario del movimiento intelectual, conocido como Objetivismo, que sus obras produjeron. Y lo peor para los pocos seguidores (pocos pero alguno hay, más en Hispanoamérica que aquí) que la escritora ruso-americana tiene en nuestro país es que el profesor Cotarelo, con el que no acostumbro a coincidir, tiene razón en la mayoría de las cosas que dice.

En efecto, el movimiento de Ayn Rand se parecía más a una secta que a una escuela de pensamiento y no sólo porque casi obligase a sus miembros a fumar. Murray Rothbard, que se acercó al movimiento al igual que muchos otros anarcocapitalistas como Walter Block, dejó el movimiento al querer su núcleo duro que abandonase a su mujer por el «grave defecto» de que era religiosa y asistía a la iglesia con regularidad y no era, por tanto, digno de pertenecer a tan selecta congregación. Esto le valió severos anatemas y durísimas críticas por parte de sus miembros, a su obra y a su persona (sólo hay que leer la introducción del libro *Capitalism* del austríaco-randiano George Reisman para darse cuenta de que no es muy querido en esos círculos). Rothbard se vengaría con su obra de teatro, citada en el libro *Mozart is a red* y en un libro que extrañamente Cotare-

lo, en su abrumadora erudición sobre el movimiento randiano, no cita, *The Sociology of the Cult of Ayn Rand*, que junto con el *Whitout a Prayer* de Robbins constituyen las críticas más duras que existen al randianismo.

También estoy de acuerdo con la opinión del profesor Cotarelo sobre el sistema filosófico de Rand, si es que merece este nombre. No deja de ser una adaptación de Nietzsche para adolescentes mezclada con variopintas y poco informadas opiniones sobre literatura y arte, que reflejan los gustos particulares de la autora y que no son justificadas en ningún momento. Sorprende especialmente su desinformado desprecio a la obra de Kant, expresado en su famosa conferencia en West Point (circula traducida por la red lo mismo que su apología del egoísmo), sobre todo porque una de sus principales influencias intelectuales fue el en muchos aspectos kantiano Ludwig von Mises, a cuyos seminarios en la Universidad de Nueva York asistía, y que es considerado en las páginas objetivistas como una de las principales luminarias de la libertad del siglo xx, a diferencia de sus compañeros de escuela Hayek y Rothbard mucho menos influidos por Kant que el anterior y que sin embargo no merecen tal reconocimiento por Ayn Rand.

También acierta el autor cuando critica las múltiples incoherencias presentes en el discurso randiano. En efecto al leer *El Manantial* llama la atención su extraño final, introducido con calzador en el argumento, en el que el arquitecto Roark (interesante personaje inspirado en el arquitecto pro capitalista Frank Lloyd Whright) destruye su obra, una obra que además no era de su propiedad, lo que contradice el discurso de no agresión y de respeto a la propiedad privada. Como es contradictorio su principio de no agresión defendido por el objetivismo con el apoyo incondicional al imperialismo norteamericano en Oriente Medio, defendido por el director del Ayn Rand Institute, Leonard Peikoff, quien afirma que en la guerra contra el terror es legítima la muerte de civiles inocentes, pues todos son culpables de los males realizados por su gobierno [Justin Raimondo, «The Objectivist Death Cult» en <http://www.lewrockwell.com>, october 12, 2004]. Este incoherente apoyo al imperialismo separa, con razón, al movimiento objetivista del resto del movimiento libertario, el cual al ver con aprensión la intervención estatal en el ámbito de la regulación de precios con mucha mayor aprensión ve una intervención que causa la pérdida de miles de vidas humanas, aprensión que los objetivistas, no sé por que, no aplican al caso de la intervención bélica contra países que no les agredieron antes.

Quiero sin embargo romper una lanza por Ayn Rand pues no todo es tan negativo en su obra. El profesor Cotarelo advierte que las obras de Rand tienen una especial aceptación entre los adolescentes y estudiantes de primer curso de carrera y ello es por que su obra tiene un rasgo, a mi entender, muy

positivo que es el del llamamiento a la reafirmación de la propia personalidad y el no someterse al rebaño. Recordemos que *El Manantial* comienza con un joven Roark enfrentado a unos profesores que quieren disciplinar su mente y obligarle bajo pena de expulsión de la Escuela de Arquitectura a acatar unos cánones estéticos que él no comparte y a unos compañeros que sí se dejan llevar y obtienen las máximas calificaciones, como el mediocre Peter Keating. Rand escribe en estas páginas una hermosa reivindicación de la propia personalidad y una crítica al adocenamiento ya la falta de espíritu crítico que se da hoy en nuestras universidades.

Hay un punto, en cambio, en el que discrepo del profesor Cotarelo, cuando critica a Rand por considerar el estado de bienestar una tiranía. El estado de bienestar puede ser en efecto una tiranía, a pesar de que respete unos derechos básicos. El problema es que es el propio estado a través de sus órganos quien define y da contenido a tales derechos. Por ejemplo aquellos encarcelados y privados de derechos por plantar marihuana en su propia finca y sin agredir a nadie no creo que opinen lo mismo sobre el estado del bienestar que el profesor Cotarelo. Tampoco por ser la ley que condena tal acto aprobada por la mayoría es por eso menos tiránica para el afectado, pues ¿quiénes son los otros para legislar sobre el uso que le doy a mi propio cuerpo? Lo mismo podría decirse de otros ámbitos como la educación, en la que los niños en muchos estados del bienestar son adoctrinados forzosamente en valores que sus padres no comparten, el servicio militar obligatorio, o el derecho a la expropiación en nombre del interés general. Reconozcamos por lo menos que el concepto de tiranía es más subjetivo de lo que parece, que la democracia puede ser totalitaria en ocasiones y que Rand tiene cierta razón al afirmar que el estado actual puede ser en muchos casos tiránico, aunque no lo sea ni de la misma forma, ni en la misma intensidad ni en los mismos asuntos que lo era, por ejemplo Gengis Khan o el General Franco.

Dicho esto quiero manifestar mi felicitación al profesor Cotarelo por escribir un libro tan delicioso. En primer lugar por que analiza muy bien la obra de la autora, ofreciendo una visión distinta de su obra y porque no, contribuyendo a la difusión de su obra entre nosotros y segundo porque me gusta la fusión de literatura que nos ofrece el profesor Cotarelo, ayudando a disfrutar y a entender en clave política la obra de la autora. Son escasos los libros que analizan en clave política la obra y la biografía de nuestros autores favoritos y libros como este son imprescindible lectura en las facultades de políticas para que los estudiantes se aproximen con otros ojos a la literatura. El profesor Ramón Cotarelo nos promete nuevos ensayos sobre literatura y política, esperemos pues que nos siga deleitando con libros tan interesantes,

amenos (se nota que el autor escribe también ficción por su buena pluma) y didácticos como este que se recensiona aquí.

*Miguel Anxo Bastos Boubeta*

CASS S. SUNSTEIN: *República.com. Internet, democracia y libertad*, trad. de Paula García Segura, Paidós, Barcelona, 2003, 212 págs.

Cada avance técnico experimentado en el ámbito de las comunicaciones durante los dos últimos siglos ha venido acompañado de la esperanza de que sirviese para aumentar la participación ciudadana y mejorar la calidad de las democracias. Y aunque los avances tecnológicos producidos en ese período han sido ingentes, no cabe duda de que el auge de los ordenadores y de las redes telemáticas, en especial de Internet, ha sido el que probablemente más alas haya dado a esta ilusión. Pero, ¿tiene algún fundamento constatado esta extendida creencia? Ésta es precisamente la cuestión que plantea Cass S. Sunstein en el libro que aquí se presenta: ¿es bueno para la democracia el uso masivo de Internet? El autor responde a esta cuestión con una riqueza de matices que presumiblemente dejará insatisfecho a los amantes de afirmaciones contundentes, pero que indudablemente abre nuevas perspectivas a quienes no se dan por contentos con simplezas y menos aún cuando lo que se dirime son asuntos que incumben al interés general. El libro abriga además un objetivo práctico bien concreto: indagar «las posibles reformas políticas pensadas para garantizar que las tecnologías de la comunicación estén al servicio de la democracia y no al revés» (pág. 19).

Sunstein, además de reputado constitucionalista norteamericano, es un decidido partidario de la democracia deliberativa, en cuyo marco teórico ha desarrollado la idea del *foro público*. Se trata, según él, de una institución que permite «que los oradores tengan acceso a diversas personas y se asegure en el proceso que cada uno de nosotros escuche a muchos de ellos, difundiendo así gran variedad de temas y opiniones» (pág. 36). El autor pone en relación esta noción con los efectos ambivalentes de las nuevas tecnologías de la comunicación. Se confronta así la difundida opinión de que Internet es una forma de hacer más fuerte a la sociedad civil con la idea de que, al poder seleccionar sólo la información que queremos y reafirmarnos con ello en nuestras opiniones, esta herramienta no es más que un multiplicador de individualidades. Ver, oír y leer exclusivamente lo que queremos nos aleja de la pluralidad de experiencias y perspectivas que tan deseable resulta para una democracia de calidad. Sin duda, esta crítica no es fácil de rebatir para los amantes de Internet y sus virtualidades.